

Nosotros, Europa

REMEI MARGARIT

Al margen del resultado de las elecciones en Estados Unidos, y aunque para muchos de los europeos ha sido un desencanto -por decirlo de una manera discreta-, por como pintan las cosas es más que nunca la hora de la construcción europea. La Constitución está redactada y firmada por los gobiernos de los veinticinco países que la forman y, para ponerla en marcha, tan sólo falta el refrendo de los pueblos que la configuran. Creo que es la hora de dejarse de dimes y diretes, de puntos y comas, y aceptar esa Constitución tal como se propone después de costosas elaboraciones por parte de los Veinticinco. Tal y como están las cosas, no nos podemos permitir el lujo de discutir, como en la fábula, si son galgos o podencos; los europeos, es decir, nosotros, tenemos que atenernos no tan sólo a un mercado común y a una libre circulación de fronteras entre los estados miembros, sino a políticas elaboradas en función del estado de las cosas. Y las cosas no están como para perder mucho tiempo en cuestiones que no sean urgentes. ¿Qué es urgente? Modestamente, lo que urge es una unión de esos veinticinco estados que defienda la Carta de los Derechos Humanos, que organice su política de defensa sin guerras preventivas, que base su seguridad interna en una buena política de inmigración, respetando costumbres y credos. Que la Carta Magna sea laica es la única posibilidad de ese respeto para con todos, digan lo que digan las diferentes iglesias, que ven en ello una pérdida de su parcela de poder. Las iglesias no son la gente, la religión es algo privado entre el ser humano y su necesidad de trascendencia; precisamente por eso y aunque los ritos se colectivicen, el poder civil tiene que seguir por los cauces legales sin interferencias de origen religioso.

Resulta bastante difícil deslindar esa zona fronteriza de lo que es un rito de culto, sea de dónde sea, del intento de hacerse, a través de esas formaciones llamadas religiosas, con la voluntad de la gente y movilizarla contra las leyes establecidas por un poder civil.

La tarea ingente de Europa es dar a conocer su voluntad de convivencia con las distintas costumbres, siempre y cuando esas costumbres no sean una plataforma confesional que pretenda hacer una política paralela a la surgida de las urnas. Es un trabajo de titanes, porque hay que hacerlo desde la escuela, desde los centros culturales, desde la convivencia del día a día entre las diversas culturas que integran ese mosaico europeo.

No puede haber ningún pretexto para violentar un solo derecho civil, y eso no lo digo por la inmigración, sino por todos los pueblos que configuramos Europa. Antropológicamente podrá haber, y de hecho las hay, zonas de conflicto entre el hombre y la mujer, entre padres e hijos, entre educación y ocio, aunque lo que debemos tener claro los europeos es que toda esa civilización conseguida a través del tiempo y con ingentes esfuerzos personales y colectivos es un patrimonio que salvaguardar, añadiendo las diversidades que los momentos actuales van presentando, siempre y cuando esas diversidades no conculquen dicho patrimonio.

El cómo se hará eso dependerá de nuestra voluntad de hacerlo. No podemos aceptar ese discurso maniqueo de *ejes del bien y del mal* porque precisamente ahí es donde el impulso nihilista de unos pocos quieren dar batalla. La defensa de Europa frente a esos grupos ha de ser la de la inteligencia frente a la fuerza bruta, la ley contra el crimen, tenga la forma que tenga. Respetar las distintas formas de cultura que respeten el marco constitucional europeo es la única plataforma que logrará esa unidad necesaria para defender ese patrimonio común. Ése es el lugar llamado Europa.

R. MARGARIT, psicóloga y escritora

Artículo publicado en La Vanguardia el sábado 20 de noviembre de 2004